

BT 301

v4

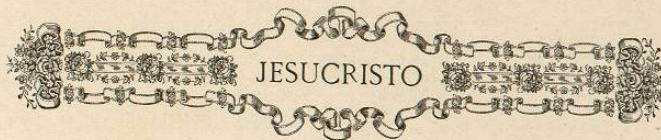
v.2

1881



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
13 - Barranco de Embajadores - 13

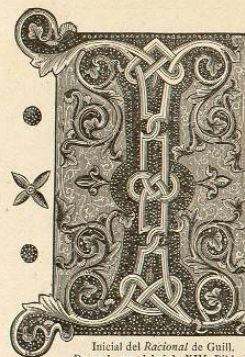


VIII

LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Los Judíos.—Pilatós.—El Calvario.—La Señal de la Cruz.—La Sepultura

LOS JUDÍOS



Initial del *Racional* de Guill.
Durand, ms. del siglo XIV. Bibl. de
M. Ambr. Firmin-Didot.

ANTERIN se acercaba la hora de volver á bajar hacia Jerusalén y hacia la muerte, Jesucristo se dirigió al monte Olivete, lugar que, como ya se ha dicho, era de su preferencia y su punto de permanencia en este mundo. Se detuvo en el lugar llamado Getsemaní (que significa *el valle fértil*), en un jardín donde había reunido frecuentemente sus discípulos. Todos los Apóstoles estaban presentes, ménos Judas, excomulgado por sí mismo; y Jesucristo tomó con Él tres de ellos, que fueron Pedro, Santiago y Juan, los que habían sido también testigos en el

TOMO II

2
BIBLIOTECA NACIONAL
DE ESPAÑA

008856

Tabor, y después de haber encargado á los otros vigilar y orar para no entrar en tentación, se alejó de allí.

Al instante principió á entregarse á las penas interiores, y dejó que en su alma santísima penetrasen el temor, la angustia y la inquietud, y dijo á los que le acompañaban: «Mi alma está triste hasta la muerte.» Y habiéndoles suplicado que esperasen y vigilasen con Él, se separó de ellos como á distancia de un tiro de piedra. Se puso de rodillas, y era la primera vez que se le veía en semejante postura; y dirigiéndose á su Padre, dijo: «Padre mío, si es de tu agrado, aparta de mí el cáliz; pero, sin embargo, que se haga, no mi voluntad, sino la tuya.» Y puesta la cara junto á la tierra, oraba más intensa y largamente. Como había tomado la naturaleza humana, sentía sus debilidades; y dando ejemplo de sumisión y de oración, aceptaba la muerte con el horror que inspira á toda carne. Corría por todo su cuerpo un sudor de sangre, y sufría así los dolores espantosos de la agonía de que Él había librado á sus santos y á sus mártires.

En medio de esta especie de eclipse de la divinidad, que dejaba humillarse á la naturaleza humana, descendió y vino á Él para confortarle un ángel del cielo. Se cree que ese mensajero celeste le comunicó vigor corporal y le dió fortaleza, poniéndole de frente la consideración del precioso fruto de sus tormentos. Luégo se levantó y fué donde estaban los Apóstoles, á los cuales encontró dormidos en el desfallecimiento de su tristeza, y dijo á Pedro: «Simón, ¿duermes? ¿No has podido vigi-

lar una hora conmigo? Vigilad y orad para que no entréis en tentación.» La palabra *entrar* significa aquí abandonarse al torrente, y Jesús recomienda la oración, porque la fuerza de ésta le hace retroceder. El divino Maestro se retiró de nuevo á su sitio y se puso á orar; habiendo vuelto después adonde estaban los Apóstoles, les encontró enteramente soñolientos, y no sabían qué responderle.

Por tercera vez se retiró y se puso en oración, diciendo todavía: «Padre mío, si no puede apartarse de mí este cáliz y si debo beberle, que se haga tu voluntad.» Su piedad y ternura para con los judíos aparecía en la manera con que hablaba de este cáliz; y por haber correspondido ellos con una dureza de corazón tan espantosa, su proceder había de serles funesto. En las palabras: *Que se aparte*, se ve una señal de compasión y afecto para con sus futuros mártires, á fin de que, cuando les fuese presentado el cáliz, pudiesen beberle, como Él había de beberle al momento, sin prorrumpir en queja alguna de amargura y sin flaqueza de su fe y esperanza. Los Santos Padres encuentran algunas relaciones entre las tres veces que se interrumpió y principió esa oración y los tres muertos resucitados por el Salvador, el primero en su casa, el segundo cuando era conducido á la sepultura, y el tercero en el sepulcro, figurando esos tres sucesos los tres estados en que se encuentra el pecador. Siendo, pues, el cáliz el rescate de todos los muertos, era también la expiación de todos los pecados. Además, enseña esa

triple plegaria que es preciso orar para alcanzar el perdón de los pecados pasados, presentes y futuros.

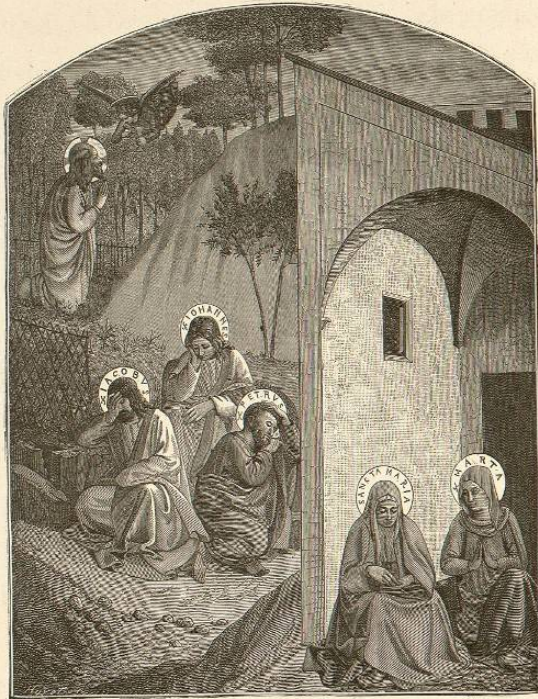


Lámina 91.—Agonía de Jesús en Getsemaní. Mientras se duermen los Apóstoles, María y María, figuras de la vida activa y de la contemplativa, vigilan y oran, como lo había recomendado el Maestro.
—Fresco de Fra Angélico, que se conserva en el convento de San Marcos, en Florencia, y data del siglo XV.

En las armonías de la Redención, el huerto de Getsemaní (*valle fértil*) corresponde al Paraíso, y el cáliz aceptado por la obediencia de Jesús corresponde al fruto cogido por la desobe-

diciencia de Adán. Éste había creído apoderarse de la vida y de la ciencia, y, arrojado del Paraíso, no encontró más que tinieblas cada vez más espesas y la muerte cada día multiplicada. Jesús acepta morir y ser al momento atado desde Getsemaní hasta la cruz; pero este camino de la cruz será el rumbo luminoso por el cual, libertado Adán, subirá más alto que el Paraíso y deseará, más que todas las delicias, entrar en las eternas mansiones de Dios.

Habiéndose conformado completamente con la voluntad de su Padre, Jesús, lleno de fuerza y serenidad, dice á los Apóstoles: «Esta es la hora en que el Hijo del Hombre será entregado á los enemigos. Levantaos y vamos, pues ved aquí el que me ha de entregar.» Y en el mismo instante se presentó Judas guiando una numerosa turba de soldados romanos y de satélites de los judíos, armados de espadas y de palos y llevando luces en sus manos. Judas les había dicho que aquel á quien él besara era Jesús, y, consiguiente con esta seña, se abalanzó hacia Nuestro Señor, y dándole un beso, le dijo: «Maestro, yo te saludo.» Desde entonces puede decirse que esa es la fórmula adoptada por todos los traidores; y, según sentir de Orígenes, todos los herejes dirigen á Jesús el saludo de Judas: *Ave, Rabbi* (*Te saludo, Maestro*).

Jesucristo recibió dulcemente el beso de Judas, diciéndole: «Amigo mío, ¿á qué has venido? ¡Oh Judas, tú entregas al Hijo del Hombre por medio de un beso!» Estas expresiones encie-

rran una ternura y una sabiduría divinas, pues era como decirle : Tú entregas al Hijo del Hombre por medio de un beso, pero no tendrás jamás en tu poder al Hijo de Dios, porque no puedes disponer de la divinidad; y has de tener entendido, para tu confusión y vergüenza, que este Hijo del Hombre, á quien tú eres traidor, es el que ha tomado la naturaleza humana por tu misma salud y por tu bien.

Judas no puso las manos sobre su Maestro para atarle ó maltratarle, sino que, después de besarle y de oír las palabras que le dirigió, se retiró en silencio hacia donde estaba la fuerza de soldados, que permanecían inmóviles como una estatua. Entonces Jesús, dando algunos pasos hacia ellos, les preguntó : «¿Á quién buscáis?» Parece que ellos no veían á Jesús, á pesar de las luces que llevaban encendidas; ó que, á pesar de la señal que Judas les había dado, no le conocieron, ó que quizá no tuvieron valor para aproximarse á Él, y por esa causa el Salvador les hizo la pregunta, á la que contestaron que buscaban á Jesús Nazareno.

El Salvador les dijo que Él era, y en el mismo instante sin duda vieron y sintieron ellos algo parecido á lo que verán y sentirán los que estén á la izquierda del Juez Supremo el día del juicio, porque apenas acabó de pronunciar Jesús estas palabras: «Yo soy,» se echaron ellos hacia atrás y cayeron al suelo de espaldas, al contrario que sucede á los justos, los cuales, para orar, se inclinan con la cara hacia la tierra, sabiendo así dónde

están y dónde se prosternan, y se vuelven á levantar hacia el bien visible de lo alto, mientras que los réprobos, perdidos en el camino de sus crímenes, caen de espaldas en el mal invisible de abajo, en lo eternamente desconocido y desgraciado.

Todavía volvió Jesús á preguntarles á quién buscaban, y ellos contestaron otra vez que á Jesús de Nazaret. Entonces Je-

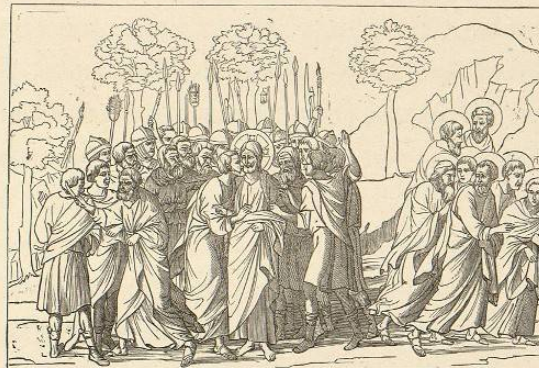


Lámina 92.—Jesús hecho prisionero por sus enemigos. Judas da al Salvador el beso de traición; á la izquierda se ve á Pedro, que corta una oreja á Malco; á la derecha están los discípulos, que huyen.—Pintura sobre madera, de Duccio, y se conserva en la catedral de Siena. Pertenece al siglo XIV.

sús les dijo nuevamente : «Ya os lo he manifestado; yo soy. Y si soy yo á quien buscáis, dejad que éstos se vayan.» Esto fué como una orden que Jesús les daba, y á la que obedecieron, pues puede conjeturarse que, por lo ménos, hubieran arrestado á una parte de los que seguían á Jesús. Habían pensado los judíos quitar la vida á Lázaro; Caifás preguntó á Nuestro Señor sobre su doctrina y sobre sus discípulos; pero Jesús no quería

perder á ninguno de los suyos, cuya fe no estaba aún bastante fuerte para sostener el combate; y, en efecto, no perdió ninguno, si se exceptúa el traidor Judas, y eso porque él quiso y se obstinó en perderse y perecer. Habiendo, pues, manifestado Jesús por dos veces su poder, y siendo esa doble manifestación una gracia que hizo á Judas y á los demás discípulos para que se aprovecharan de ella, permitió que la turba de soldados se acercase á Él.

Los discípulos dijeron : «Señor, ¿sacamos la espada?» Y, sin esperar la respuesta, Pedro, que tenía una, hirió á un criado del gran sacerdote, cortándole la oreja derecha, aunque el golpe iba directo á la cabeza. El criado herido se llamaba Malco, que quiere decir *rey*, figura del pueblo judío, destituido de su dignidad regia y sometido al triple yugo de una nación infiel, de un sacerdocio venal y de una letra que él no comprendía. Jesús tocó la oreja del herido y le curó, á cuyo beneficio correspondió con monstruosa ingratitud, pues, según aparece de algunos intérpretes, ese mismo Malco es el criado de la Sinagoga que dió una bofetada al Hijo de Dios en el pretorio de Caifás. ¡Oh y cuántos otros poderosos de la tierra, servidores y esclavos del error, olvidados enteramente de los beneficios de que les ha colmado la divina Providencia, dan también bofetadas á Jesús, acusado ante las sinagogas de Satanás!

Al mismo tiempo que Jesús curó al herido, dijo á sus discípulos : «Retiraos allá.» Y dirigiéndose á Pedro : «Vuelve á me-

ter, le dijo, tu espada en la vaina, porque el que se sirve de la espada, por la espada perecerá.» Pedro había herido como Moisés, cuando éste mató al egipcio que maltrató á un hijo de Abraham; y mientras que á Moisés no le fué prohibido, se reprime y censura la conducta de Pedro, porque, habiendo quedado abolido con la venida del Mesías el ministerio de rigor y de terror, debe reinar el de misericordia y compasión. Sin embargo, Pedro guarda la espada; y se le mandó, no arrojarla, sino meterla en la vaina, porque con ella debía cortar lo que no quiere ser desatado, y desterrar y expulsar lo que pretende permanecer, después de haber sido desunido y separado; y como garantía del uso de esa espada en su doble función, se nos presenta el ejemplo de Jesús, que no resucita á los que Pedro mata, ni admite á la unión á los que Pedro separa, ó, lo que es lo mismo, que confirma y aprueba en el cielo lo que Pedro, en sus sucesores, aprueba sobre la tierra, y condena y da por separado lo que Pedro hubiese separado y condenado.

Queriendo el Salvador dar mayor instrucción á San Pedro sobre ese particular, le dijo : «¿No puedo yo rogar á mi Padre, y al momento me enviaría más de doce legiones de ángeles? ¡Pero qué! ¿no habría yo de beber el cáliz que mi Padre me ha dado? Y entonces ¿cómo podían cumplirse las Escrituras, según las cuales esto debe suceder?» En seguida se dirigió á los jefes de los sacerdotes, á los oficiales del Templo y á los ancianos, que habían ido allí en compañía de Judas, y les dijo : «Vos-

otros habéis venido á mí como si fuera un ladrón, con espadas y palos. Estaba sentado todos los días entre vosotros en el Templo, enseñando allí, y nunca me prendisteis; pero es necesario que las Escrituras se cumplan. Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas.» Diciendo el Salvador estas últimas palabras, se puso real y voluntariamente en las manos de sus enemigos, como si abdicase la fuerza soberana que hasta entonces les había contenido, y todos los discípulos huyeron y se dispersaron por varias partes.

Los satélites, habiendo atado á Jesús, le condujeron desde luego á casa de Anás, antiguo gran sacerdote, asistente ó coadjutor del gran pontífice Caifás, que estaba en el ejercicio de ese alto cargo. Este pontífice Caifás era un hombre sin valor, incrédulo y servil, y tal como la dominación romana le buscaba y exigía, porque esos sacerdotes indignos la servían para degradar y hacer caer en desprecio el pontificado, última fuerza y elemento conservador que quedaba en Israel. Anás era un político consumado, más perverso que Caifás, aunque ostensiblemente no tan envilecido, y tenía en sí la dirección del poderoso partido de los enemigos de Cristo. Aunque era saduceo, como el gran pontífice, se había ganado, no obstante, en lo tocante á este punto, la confianza de los fariseos. No se sabe si le pertenecía á él conocer jurídicamente de la causa de Jesús, en concepto de presidente de un tribunal de inquisición, encargado de acusar ante el gran Consejo á los que atentaban contra la pure-

za de la doctrina, ó si simplemente Nuestro Señor fué conducido á su presencia para que tuviese cuanto antes el placer de verle maniatado. Anás envió á Jesús, atado con cordeles, á casa de Caifás, en donde se encontraba reunido el Sanhedrín.

Pedro había huído y abandonado al Maestro, como los otros Apóstoles; pero el amor, luchando con el temor, le atrajo hacia donde estaba Jesús cautivo, y le seguía á lo lejos. Hé ahí, exclama un Padre de la Iglesia, una palabra, *á lo lejos*, que denota que, si le hubiese seguido de cerca, no hubiera podido negarle. Otro discípulo le hizo entrar en el patio de la casa del gran sacerdote, y permaneció allí entre los sirvientes y oficiales, calentándose al fuego que habían encendido por causa del frío. En esos momentos la llama de la caridad se había debilitado en él, y por eso se calentaba con el fuego de los perseguidores.

Jesús se hallaba en presencia del Consejo, delante de aquellos mismos á quienes Él había argüido de ignorancia, de hipocresía y de impiedad. Caifás le preguntó acerca de su doctrina, á lo que respondió Jesús que había enseñado públicamente en las sinagogas y en el Templo, y que, por lo tanto, no le tocaba á Él entrar en cuestiones y respuestas, sino á los que le habían oído. Mas en todo lo que Él había enseñado no veían ellos cosa alguna reprehensible, y el aborrecimiento que le tenían era gratuito é injusto, y, por lo tanto, su respuesta les desconcertó; y ese efecto se notó también en el auditorio. Entonces un sirviente llamado Malco, ó fuera cualquiera otro de los que casi siem-

pre hay en tales ocasiones, le gritó, diciendo : «¿De esa manera respondes al pontífice?» Y al mismo tiempo le dió una gran bofetada. Jesús dijo á este sacrilego : «Si he hablado mal, muéstrame en qué; y si he hablado como conviene, entonces ¿por qué me hieres?» No consta ni se ve que los jueces indignos de que se componía el Consejo desaprobasen la vil conducta de ese subalterno.

Mientras tanto hacía falta alguna apariencia de pruebas, pues los fariseos no podían prescindir de ellas; pero no se encontraban, é hicieron á muchos testigos falsos que se lanzaran á darlas, y cuyas declaraciones eran contradictorias. Solamente dos parecieron admisibles, las cuales estaban en estos términos: «Él ha dicho : Yo puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarle en tres días.—Yo destruiré este Templo, que ha sido hecho por mano de hombre, y en el espacio de tres días levantaré otro, que no será hecho por la mano del hombre.» Jesús había dicho á los judíos, y se sabe en qué sentido lo dijo : «Destruid este Templo, y yo le reedificaré en tres días como los otros.» Las declaraciones de estos dos testigos, estando entre sí contrarias como las de los otros, que por la misma causa no se habían admitido, no podían motivar la sentencia de muerte que los jueces querían dar.

En ese estado el asunto, se puso de pié el gran sacerdote, cuyos movimientos desordenados revelaban claramente la pasión de que estaba dominado su espíritu, y dijo á Jesús : «¿Tú



Lámina 93.—El gran sacerdote Caifás dice á Jesús : «De parte de Dios vivo, yo te conjuro á que nos digas si tú eres el Cristo.» Jesús respondió : «Tú lo has dicho; yo soy.» Al momento el gran sacerdote rasgó sus vestidos.—Grabado de Goltzio que corresponde al siglo XVI, y se conserva en la biblioteca de M. Ambrosio Firmin-Didot.

no respondes nada?» Y Nuestro Señor guardó silencio. El gran sacerdote le interpeló de nuevo en esta forma : «De parte de

Dios vivo, te conjuro á que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios eternamente bendito.» Al oír esta palabra, no quiso Jesús callarse por más tiempo, y respondió al gran sacerdote lo siguiente : «Vos lo habéis dicho; yo soy.» Y añadió : «Y yo os digo que veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra de Dios todopoderoso venir sobre las nubes del cielo.» Al momento el gran sacerdote, como si hubiera quedado consternado, rasgó sus vestidos y dijo : «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?» Y dirigiéndose á los jueces, les preguntó : «¿Habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?» Y ellos contestaron : «Es digno de muerte.»

Caifás, en el ardor de su odio, olvidaba que no eran necesarios tantos esfuerzos para amedrentar á los jueces y ganárselos, y que quebrantaba el precepto impuesto al gran sacerdote, que decía : «El gran sacerdote no se quitará de su cabeza la tiara, ni rasgará sus vestidos.» Ese acto de soberbia significaba que, al desgarrar sus vestidos, quedaba destrozado y destruído su sacerdocio.

Los jueces esperaron que llegara el día para pronunciar con toda regularidad la sentencia, y mientras tanto dejaron á Jesús abandonado á los hombres que debían custodiarle. Esos guardas eran hombres de los que voluntariamente se ofrecen á tales jefes, y de los que éstos suelen elegir, los cuales aborrecen por su propia cuenta á los que se ven perseguidos, y les maltratan con tanta mayor saña cuanto más inocentes les reputan. Á tan

feroces manos estaba entregado el hombre de bien, el hombre de Dios y el hombre de misericordia, y con Él se divirtieron, y de Él se burlaron, escupiéndole en la cara, injuriándole, golpeándole, tapándole la vista, dándole bofetadas y diciéndole por desprecio : «¡Cristo, profetiza, y dinos quién te ha pegado!»

Jesús soportaba en silencio todos esos ultrajes; pero una ofensa más amarga le llegaba de otro lado y hería su corazón mucho antes que pudiesen tocarle estos viles é ignorantes agentes oficiales. Pedro había permanecido en el patio, y mirándole atentamente una sirviente, le dijo : «Tú también estabas con Jesús de Nazaret.» Pedro lo negó muy alto, y se retiró bajo el pórtico, y en ese momento el gallo cantó la primera vez. Otra sirviente que le vió cerca de la puerta le denunció de nuevo, y él se calló y volvió cerca de la lumbre; pero allí muchas personas le dijeron : «¿No eras tú también del número de sus discípulos?» Su terror se aumentó, y negó directamente al Maestro, diciendo con juramento que no le conocía, y continuó allí. Á pesar de todo eso, el amor le retenía en tal peligro; y después de poco tiempo, cuando podía considerarse allí como olvidado, le preguntaron otros, y negó por tercera vez, haciendo imprecaciones; entonces cantó segunda vez el gallo, y una mirada de Jesús penetró hasta el corazón de Pedro, la que le hizo acordarse de lo que le había dicho el Señor pocas horas antes : «Esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres.» Y habiendo salido fuera del patio, lloró amargamente.

Pedro tuvo tres negaciones, y esa triple infidelidad corresponde á las tres formas que reviste la negación herética, la cual ataca á Jesucristo, ó en su divinidad, ó en su humanidad, ó en las dos al mismo tiempo; y los que son causa de las tres caídas del Apóstol representan las tres clases de enemigos que encontrarán los fieles en la Iglesia Católica. La primera sirviente es figura de la sinagoga de los judíos; la segunda, de las naciones perseguidoras, y los que con razonamientos y burlas indujeron al Apóstol á la tercera negación simbolizan los doctores y ministros de los diferentes cismas y herejías. Todos juntos ofrecen una imagen de la sociedad de los incrédulos é impíos, y, por consiguiente, del peligro que debe evitar un discípulo de Jesucristo. Según sentir del Crisóstomo, fué debido á un secreto designio de la divina Providencia el que Pedro cayese el primero, porque así el recuerdo de su falta le enseña á suavizar con la misericordia y la penitencia la firmeza de que, por razón de su cargo, necesitaba para corregir á los extraviados y lanzar anatemas contra los contumaces; y además, porque, obligado á pedir perdón y á hacer penitencia de su culpa, puesto en la elevada jerarquía de doctor universal, dejaba en su edificante ejemplo de sumisión y humildad una regla de conducta para todos los que estén llamados á gobernar y á juzgar. La potestad sacerdotal no fué concedida á los ángeles, que, no siendo pecadores, perseguirían sin compasión ni misericordia el pecado en el pecador, y fué puesta en las manos de un hombre que, estando su-

jeto á pasiones y flaquezas como los demás hombres, encontraría en su débil condición motivos poderosos para compadecerse y perdonar más fácilmente á los demás.

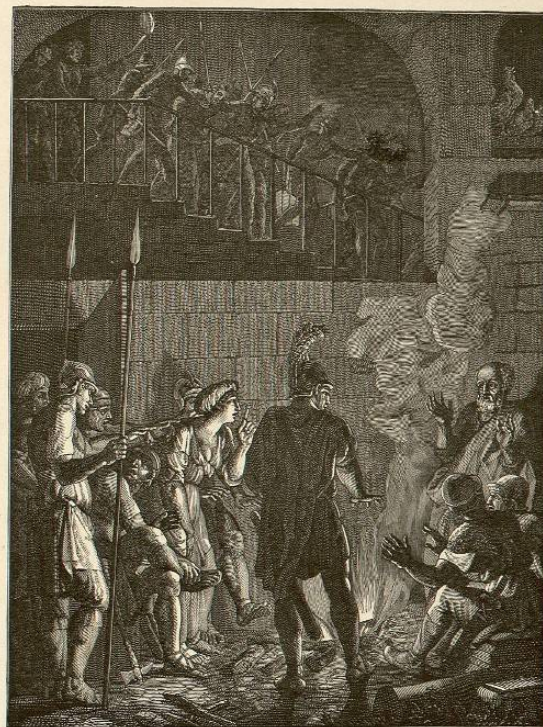


Lámina 94.—Pedro niega á Jesucristo.—Cuadro de Poussin, y data del siglo XVII.

Desde el amanecer se encontraba ya reunido el Sanhedrín. Los judíos estrecharon y conjuraron todavía á Jesús para que les dijera si Él era el Cristo, y Jesús les respondió : «Si os lo

digo, no me dáis crédito; y si yo os pregunto, á mi vez, sobre las señales que dan á conocer al Cristo, no me respondéis ni dejáis que me marche. Por lo demás, el Hijo del Hombre estará en lo sucesivo sentado á la diestra del Padre.» Ellos comprendieron, y por eso preguntaron : «¿Eres tú, por lo tanto, el Hijo de Dios?» Y Jesús les dió la misma respuesta que había dado á Caifás : «Vosotros lo decís; sí, yo lo soy.» Y ellos, gritando como Caifás, dijeron : «¿Qué necesidad tenemos de otro testigo? Se lo hemos oído á Él mismo.»

La sentencia estaba ya dada. Ellos se apresuraron á ejecutarla, y condujeron á Jesucristo atado á casa de Pilatos. Otra sentencia iba también á cumplirse en aquellos momentos en Judas, el cual se había informado ya de los procedimientos de la causa del Salvador, como lo había hecho también Pedro, y principió á sentir gran remordimiento de su traición; y viendo á Jesús condenado y maltratado, se presentó á los príncipes de los sacerdotes y les devolvió el dinero, diciéndoles que había pecado por haberles entregado el Justo, á lo cual le respondieron que á ellos nada les importaba ese asunto, que era personal y exclusivamente de él.

Este desgraciado pecador olvidó la bondad de su Maestro ó no quiso implorar su auxilio y perdón, cuyo proceder era la venganza de su crimen. Dijo que había entregado al Justo y no al Hijo de Dios, porque consideraba á Jesús como hombre, lo que es una prueba de que había además en él falta de fe, y no

miraba á Jesús, ó bastante compasivo, ó suficientemente poderoso para perdonarle; y ese estado de incredulidad y desesperación le precipitó á tirar en el Templo los treinta dineros y á concluir con su vida ahorcándose. Los príncipes de los sacerdotes tuvieron algún reparo en coger el dinero de Judas, porque era precio de sangre, y no querían ponerle y guardarle en el tesoro del Templo, y resolvieron comprar con él un terreno para dar sepultura á los extranjeros, cuya circunstancia había sido ya predicha por un Profeta, anunciando que Jesús venía para dar paz y descanso á vivos y muertos.

PILATOS

La multitud que estaba en casa de Caifás, los jueces y los soldados se pusieron en marcha hacia el palacio de Poncio Pilatos, gobernador romano, llevando allí atado á Nuestro Redentor. Jesús, al salir de Esraím, dijo : «Vamos á Jerusalén, en donde el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los doctores de la Ley, que le condenarán á muerte y le entregarán á los paganos.» La luz de las profecías, esclareciendo este suplicio horrible y espantoso, no deja ni un solo instante á la divinidad oculta bajo las sombras ni las dudas.

Los judíos se movían y agitaban delante del pretorio de Pilatos; pero no entraban, por no mancharse con el contacto de la casa de un pagano; en su conducta se ve la imagen de los